

Pandemónium

Revista Quincenal Ilustrada
de Ciencias, Letras y Artes

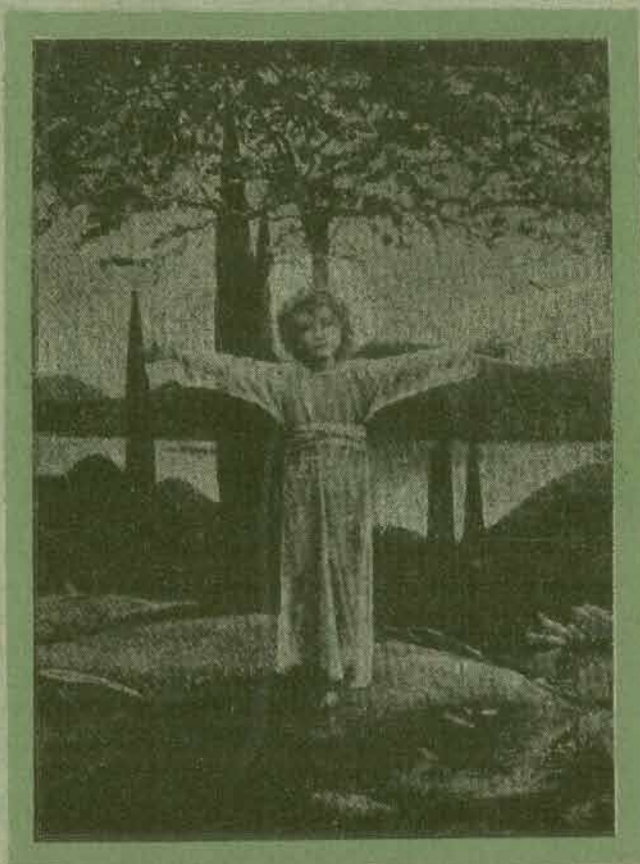
No. 101

25 de diciembre de 1913

Año VIII

Director,

Justo A. Jacio



"SIC TE AMO"

(Cuadro de Emilio E. Collier)

San José de Costa Rica

Librería e Imprenta

••• Alsina •••

Spartaco No. 249 • Teléfono No. 36

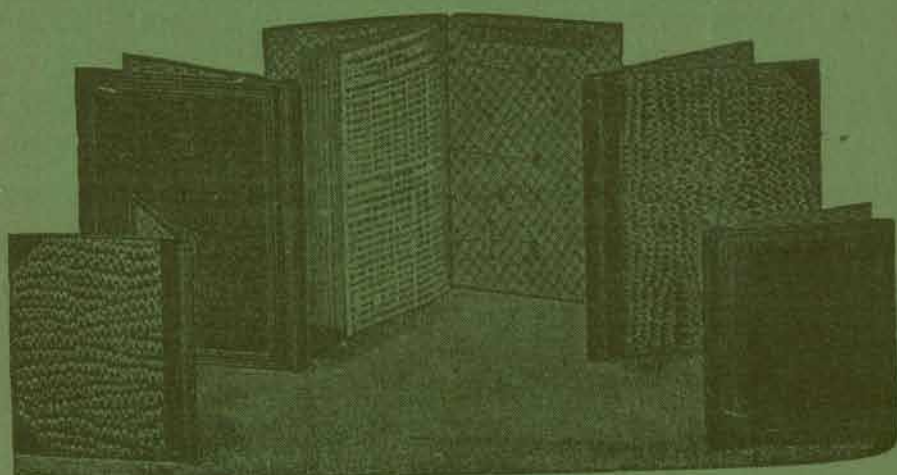
Precio **25** Cts

Librería Alsina

Útiles de Escritorio, Libros, Papelería y Artículos de Arte

Registradores y Cartapacios

para cartas, documentos y recortes, selecto y variado surtido



Libros para Teneduría

Estilos modernos * Empastadura fuerte

Papel Carbón para copiar

El mejor surtido
en colores, tamaño y calidad

Especies fiscales:

Cimbres, Estampillas, Papel sellado
y Cartas Postales

Precios económicos

Stationers

Newspapers and magazines

Post Cards and views of Costa Rica * American and European novelties

Prices Reasonable

Calle de la Estacion y Calle 3^a Norte

Local de la Imprenta Alsina

Se habla Inglés

English spoken

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

DIRECTOR. JUSTO A. FACIO → ADMINISTRADOR, VÍCTOR POLINARIS

EDITORES: IMPRENTA ALSINA, MURRAY Y CÍA.

AÑO VIII

24 DE DICIEMBRE DE 1913

NÚM. 101

Tu recuerdo

Madrigal

Semejantes a fieros invasores,
los años implacables han pasado
dejando entre sus ruinas sepultado
mi verjel de esperanzas y de amores.

Mas allí, resistiendo a los rigores
del tiempo y de las cosas y del hado,
tu recuerdo gentil ha conservado
la frescura y la luz de sus albores.

Suele haber en desiertos arenales
nutrido por ocultos manantiales,
árbol que galas sin cesar ostenta;

Pues así como ese árbol que florece,
no perece el recuerdo, no perece,
si la savia del llanto lo sustenta!

Justo A. facio

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

DIRECTOR:

JUSTO A. FACIO

EDITORES:

LIBRERÍA ALSINA & MURRAY Y CÍA.

ADMINISTRADOR:

VÍCTOR M. POLINARIS

AGENTE GENERAL PARA AVISOS Y SUSCRIPCIONES:

ROSENDO DEL VALLE

CONDICIONES:

Número suelto \$ 0-25

Suscripción por un mes 0-50

" " trimestre (adelantado) 1-25

Número atrasado. 0-40

Para Centro América los mismos precios.

Para el Extranjero,

el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

APARTADO DE CORREOS 249

SUMARIO:

TEXTO

Tu recuerdo
¡Noche Buena!
El Niño-Dios
Nochebuena colombiana
Un nuevo Centenario en El Salvador
Bellas párrafos de una carta
El Centenario del poeta Diéguez

JUSTO A. FACIO
JENARO CARDONA
GASTÓN DE SILVA
L. CHAVARRÍA

La Garza
A través de revistas científicas
El paso triunfal de la palabra
Fiestas cívicas
Año Nuevo
La Política
Notas

JUAN DIÉGUEZ
J. M. OROZCO
R. BRENES M.
ALFONSO DAUDET

GRABADOS

"Sic te amó".—Los ángeles se regocijan ante la cuna del Niño.—La adoración de los pastores.—La adoración de los Reyes Magos.—La Sacra Familia.—El Niño Jesús en el Templo.—La Huida a Egipto. (2).—Regreso de Egipto de la Sacra Familia.—Don Francisco Cabezas Gómez.—Costa Rica pintoresca: Cataratas en la confluencia de los ríos Carache y Poás, (Atajuela), Almaciga de café.

Orosí, (Cartago).—Don Manuel González Zeledón.—Momento en que el aparato de Pegoud quedó en posición oblicua.—El gentío se muestra más nervioso que el mismo Pegoud.—Pegoud es conducido en triunfo después de sus atrevidas evoluciones aéreas.—Aparato con que el aviador Mr. Tercé volará en las próximas fiestas cívicas de San José. En el medallón, Mr. Mario Tercé.

¡Noche Buena!

La habitación, situada al extremo de una calle, en las afueras de la ciudad, es un cuarto oscuro y mezquino, apenas alumbrado por una vela que arde en una pantalla de hojalata colgada de la pared, cerca de una mesa en la cual aplancha Rosa con actividad febril. Al lado, una cama ancha, llena de ropa aplanchada, y en un taburete próximo, María, niña de más de tres años, medio soñolienta, muere con avidez un pedazo de pan duro.

Es una niña raquítica, pero de rostro dulce y de ojos vivos, que parecen

iluminarse intensamente cuando mira y habla a su madre.

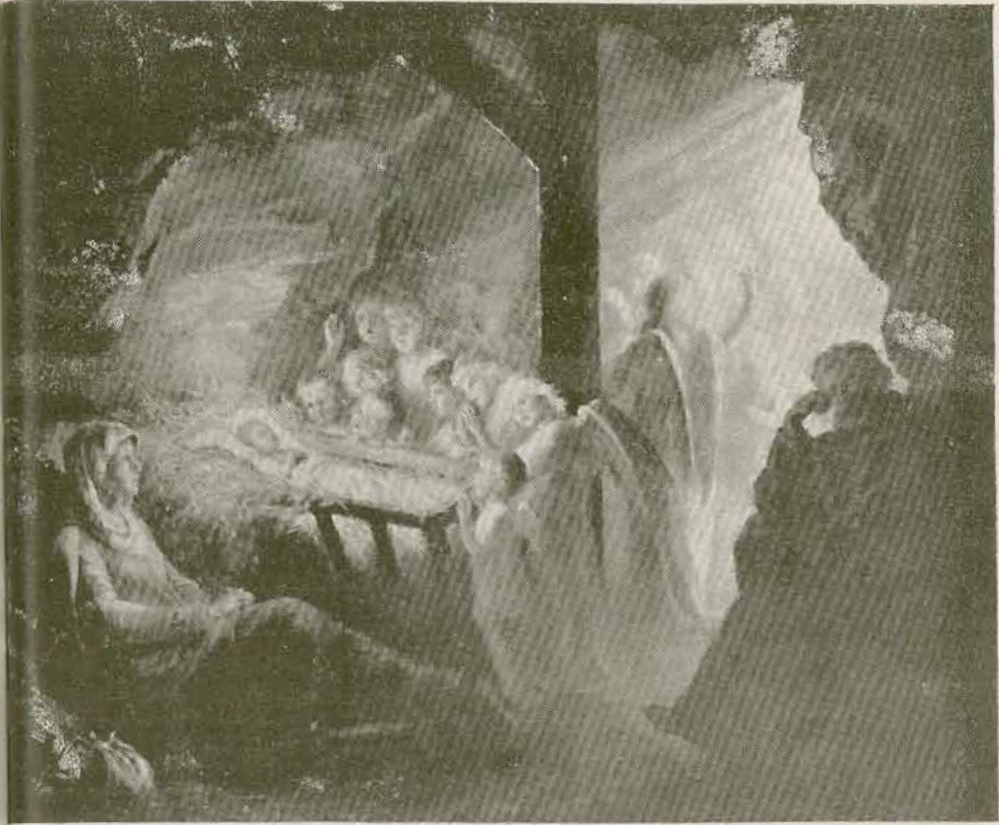
En un ángulo del cuarto, un fogón bien abastecido de combustible llena de humo la estancia, y con claridades intermitentes alumbraba el mísero ajuar de aquella casa.

A los pies de la cama, un baúl sin cerradura, y en el testero del fondo, a la vera del fogón, una mesilla con algunos utensilios de cocina.

A intervalos, sólo se oye el chisporroteo de la leña al arder, y los golpes de la plancha sobre la mesa.

Rosa muestra en su faz casi lívida las huellas de una grave dolencia, y en sus movimientos, rudo cansancio, más visible, más agobiador, después de los asfixiantes y frecuentes accesos de una tos pertinaz que la quebranta.

te para su hija, el aguinaldo tantas veces ofrecido y todo el año esperado, y esa sonrisa que lleva, no sé qué claridades de cielo, iluminaba aquel rostro de pómulos salientes, de mejillas hundidas, y de ojos grandes y cla-



LOS ANGELES SE REGOCIJAN ANTE LA CUNA DEL NIÑO

(Cuadro de M. Stieler)

Es una de tantas desgraciadas que arrastran su existencia miserable, llena de privaciones, una de tantas heroínas del trabajo, que suplen con abnegación, constancia y mansedumbre, lo que los vicios cercenan al exíguo jornal de sus maridos.

Rosa aplancha y contempla a su hija a hurtadillas, sonriendo con satisfacción intensa, y pensando con orgullo que ya tiene asegurado el presen-

ros, que al reír así, más parecía que lloraban allá en el fondo amoratado de sus órbitas. ¡Belleza inmortal de las madres!

Por su parte, María, acallada el hambre de su estómago y contenta hasta lo indecible, acompañaba a su madre, esa noche, como otras muchas, y se entretenía mirando cómo su buena mamacita, a pesar de tener aquellos brazos tan flacos, pasaba la plan-

cha sobre las telas, sobre los encajes arrugados por la acción del engrudo, con tanta fuerza, que iban quedando lisos y *parejitos* que era un gusto. Estaba embebida mirando el rastro lustroso que se marcaba en la tela, y cómo la punta de la plancha iba buscando, con verdadera maestría, los pliegues y las alforzas más pequeñas de la ropa, de la cual emergía un vaho que a veces le olía muy bonito, a ropa nueva.

De cuando en cuando alzaba la vista hacia su madre, y de pronto aquellas dos miradas se encontraron: María sonrió con ese candor infinito de los niños.

—*¿Verdá*, mamacita, que esta noche sí me trae *el niño* la muñeca?, preguntó quizá por la quinta vez.

—Sí, hijita; cuando te despiertes, la muñeca estará durmiendo a tu lado, y con sombrero de plumas, y lacitos rosados.

—¿Y las muñecas duermen de *verdá*?, volvió a preguntar María mirando fijamente a su madre.

—No, no duermen porque son de palo...

—Pues *¿cómo* ví yo una que cerraba los ojitos así... cuando la acostaban?

—Sí, los cerraba porque tenía una maquinita en la cabeza, y los ojos daban vueltas cuando la muñeca se volvía.

—¡Ah! *¿y el niño* me traerá una de esas que tienen maquinita?

—¡Sí, mi cielito!; te traerá una que tiene maquinita, y vestido de seda, y zapaticos y medias.

—¡Ay! ¡qué lindísima!, exclamó la niña dando palmadas.—¡Yo la voy a querer tanto!... *¿Qué* nombre le ponemos, Rosa o María?

—Mejor María, porque María es la madre de Jesús, y Jesús es el *Niño* Dios que te la va a traer... Ya debe venir de camino, con los paquetes al hombro, dejando en todas las casas sus regalitos.

—¿En todas las casas? ¿Y si todos los muchachos no se han portado bien como yo?

—Sí, todos se portan bien, y son buenos, y cuando hay alguno malo,

en vísperas de la noche buena se porta bien, y el *Niño* lo perdona.

—¡Ay, qué bueno que es el *Niño* Dios!... exclamó María mirando fijamente a su madre, como persona que inquiere el porqué de lo que ha oído.

En esto se advirtió afuera el ruido de unas pisadas, y la niña bajó del taburete y corrió a refugiarse junto a su madre, diciendo en voz baja:

—¡Es papá! *¿Vendrá malo?*

No se había equivocado: su padre entró dando traspies, y borracho como una cuba.

—¡Ajá!—dijo con lengua torpe y pegajosa.—*¿Tuavla* trabajando?, bueno; eso quiere decir que habrá qué cenar... y realillos... *¿eh?*...

Rosa palideció aún más cuando vió el estado en que venía su marido, y se armó de toda su prudencia, aunque bien sabía ella que ese escudo no bastaba a protegerla contra las brutalidades y desmanes de su marido, que perdía toda noción de amor y de dignidad cuando caía en tales excesos, que era, casi sin falta, al fin de cada semana.

Hubo una pausa. El beodo, molesto por el silencio de su mujer, empezó a irritarse, y dando un puñetazo sobre la mesa, gritó:

—*¿Ydiay*, este es el modo de *recebir* a tu marido? ¿Por qué no *contéstas*, *estás* muda? Quiero cenar, comer algo... ¡tengo más hambre que un perro!

—Pero, hijo, exclamó Rosa con la esperanza de inspirar un poco de compasión a su marido. *¿Qué* quieres que te dé? ¡no hay nada! Te estuve aguardando para ver si traías algo... El pan que había se lo dí a María... Yo también estoy casi en ayunas, y con la esperanza de acabar pronto para acostarme... Mañana, en cuanto aclare, iré a dejar esta ropa y traeré algo...

El marido hizo un ademán para interrumpirla, pero ella prosiguió:

—Estoy muy atareada... y tan enferma... La tos me ha comido, no sufro el pecho, casi no puedo respirar, y siento los brazos como si se me arrancaran...

Un acceso de tos, seca, la hizo soltar la plancha. Tosió hasta sentir náu-

seas y se fué a un lado: en el pañuelo notó grandes manchas, y sentía en la boca un sabor que ya ella conocía. Era una hemorragia abundante, la tercera o cuarta, no recordaba bien, que le causaba unos dolores agudos en el pecho y en la espalda.

Después de un rato, se lavó las manos, y sacando fuerzas de su miseria física, volvió a la mesa a tomar la plan-

—¿Muñeca? sí, *pa* muñeca estamos... ¡tonta! como si el *Niño* trajera muñecas a los pobres... *¿Tuavía* estás creyendo en esas tonteras? Mejor sería que trajera un poco de pan y café.

—Cállate, suplicó Rosa: ¡pobrecita! ¡hace tanto tiempo que no piensa en otra cosa!

—¡Ah!, pues si hay muñeca, hay plata. *¿Tenés* plata? Bueno, pero no



LA ADORACION DE LOS PASTORES

(Cuadro de Dobson)

cha con esa abnegación sublime de las mártires.

El borracho, gesticulando y blasfemando, casi no había reparado en todo aquello.

Habíase sentado en el taburete que poco antes dejara María, y allí estaba desmazelado y gruñendo.

La niña, asustada y llorosa, no cesaba de preguntar a su madre:—¿Ya estás buena, mamacita? Yo quiero que estés buena para que *pasemos* mañana con mi muñeca, con la que me va a traer el niño.

El beodo alzó la cabeza; había oído las últimas palabras de María, y empezó a refunfuñar:

será *pa* muñecas, cuando yo estoy sin camisa y con hambre. *¿Pensás* gastar en eso lo que trajiste esta mañana, de la ropa que entregaste? ¡Faltaba más... para esa mocosa! ¿Por qué no está durmiendo?

Rosa no contestó; bajó la cabeza, y lanzando un suspiro, un gemido doloroso, fué al fogón por otra plancha.

El borracho alzó la vista y miró hacia el baúl; dando traspiés, fuese derecho, *resuelto a registrarlo todo*; pero Rosa, que adivinó la intención de su marido, de un salto se colocó a su lado, y con valor extraordinario le tomó por las manos; furiosa, como leona que defiende su cachorro, gritó:

—No, ¡eso nunca! Si trajeras aquí el dinero que gastas en el maldito licor, y en tus vicios, tendrías ropa qué ponerte y no estaríamos muertos de hambre!

—¡Muerta de hambre! ¡gran... mal agradecida!, gritó el borracho desafortunadamente, mientras luchaba para separar a Rosa del baúl, al cual se había abrazado.

—¡Suelta, perra, mal agradecida!, vociferaba el beodo; no hay qué cenar en esta casa, hoy, Noche Buena... Yo tengo donde ir, con amigos... ¡Suelta! y arrancó a Rosa de un empujón; la infeliz rodó por el suelo a algunos pasos de distancia.

El borracho abrió el baúl, y tirando afuera los guñapos que había, registró ansiosamente. Halló una cajilla de cartón, y dentro, un billete de cinco colones que retiró apresuradamente. Con el tesoro en la mano se encaminó hacia la puerta, los ojos brillantes de feroz alegría, pero Rosa, que se había repuesto un tanto del aturdimiento, al ver que se le arrebatara aquel dinero ganado tan penosamente, y que destinaba a llenar la más grande de sus satisfacciones, tanto tiempo soñada, corrió rápida a la puerta, echo el cerrojo, y parándose delante, con los ojos encendidos por la fiebre que consumía sus pocas fuerzas, gritó resueltamente:

—¡No saldrás! y luego, dando voces hacia fuera, ¡policía! ¡socorro! ¡socorro!...

La infeliz no veía en su imaginación otra cosa que a su querida hija, abrazada a su muñeca vestida de color de rosa, con su sombrerito emplumado, y con zapatitos y medias, y luego, la garra de aquella bestia, de aquel beodo que se la arrancaba de los brazos, que rompía aquella ilusión, aquel encanto que la había acompañado durante tantas vigiliás, como un sueño

celestial, como una música deleitosa...

—¡Socorro! volvió a gritar; pero la gente pasaba allá lejos, llamada por los repiques de las campanas que tocaban la *misa del gallo*, riendo y cantando a veces:

Esta noche es Noche Buena...

—¡Quita!, vociferaba el borracho con voz ronca, ¡quita o te mato!

—¡Mátame, pero no saldrás!, déjame mi dinero y vete, sí, déjame!... ¡por Dios!... yo te daré después lo que me pidas, pero ése, ése no!

—¡Quita!...

Pasó una cosa horrible: el borracho, exasperado, en el colmo de la excitación, alzó de pronto una pierna, y dió a la infeliz madre un formidable puntapié en el vientre. Ella cayó como herida por un rayo. Sobre su cuerpo pasó el maldito, hollando con su planta de bestia el símbolo de aquel amor que llena el cielo de soles y de estrellas.

* * *

La aurora fría de aquella mañana, llena de mil encantos y regocijos, encontró a la tierna niña extenuada de llanto, junto al cadáver de su madre, balbuciendo entre sollozos esta sencilla y sublime invocación:

—Niño Dios, Niño Dios, no me traigas la muñeca, ¡pero que mamacita no se muera!

Allá, lejos, se oía el despertar de la ciudad, rumor de risas y de alegrías que subían a los cielos como una plegaria, mientras el espíritu recogido en hondas meditaciones, canta en nuestra alma el salmo de resignación y de esperanza supremas: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad».

Jenaro Cardona



LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS
(Cuadro de E. Burnes Jones)

El Niño=Dios

Las vitrinas de los establecimientos comerciales están atestadas de juguetes en gran número y en gran varie-

las conciencias de aquellos tiempos con las hermosas doctrinas del Amor.

Desde entonces, aquel judío sublime se presenta a los ojos de la humana especie con una dualidad encantadora y grande como ninguna: para nosotros los adultos, los que sufrimos, los que luchamos, el hijo de María es el hombre cuasi divino que enciende en nuestras almas, como en un cielo oscuro, la estrella de la Verdad; que abre nuestros brazos con impulso generoso e irresistible para recibir y estrechar entre ellos a nuestros semejantes de toda la tierra, y que pone en nuestro corazón el ánimo heroico y pacienzudo de la bestia sumisa para llevar con mansedumbre la carga eterna de nuestros dolores.

¡Qué bueno, qué grande, qué sublime es el hombre o el dios que, con el sacrificio heroico de su vida, nos ha enseñado esas virtudes absurdas! Pero el hijo de María aparece aun más dulce, más hermoso y más grande bajo el aspecto del niño. La imaginación de los hombres, cuya potencia creadora no tiene límites, no ha podido concebir a Dios en forma más dulce ni más risueña.

Pero no se ha contentado con eso: la fábula es todavía más hermosa: el niño Dios se entretiene todos los años, la noche misma de su llegada al pesebre, en llevar la alegría al corazón palpitante de sus compañeros los chiquitines. ¿Es acaso posible hacer desempeñar a Dios un papel más hermoso? Por eso los co-



LA SACRA FAMILIA

(Cuadro de Gebhard Fugel)

dad: es que se acerca la noche gloriosa y alegre en que hace mil novecientos trece años vino al mundo el dulce y abnegado hijo de María para iluminar

var la alegría al corazón palpitante de sus compañeros los chiquitines. ¿Es acaso posible hacer desempeñar a Dios un papel más hermoso? Por eso los co-



EL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO

(Cuadro de W. C. T. Dobson)



LA HUIDA A EGIPTO

(Cuadro de Federico Godall)

177

merciantes se apresuran a exhibir en sus vitrinas radiosas los juguetes sin cuento que el niño Dios ha de distribuir entre sus compañeros afortunados.

Los niños observan y admiran, mientras tanto, con emoción ansiosa, los juguetes que tal vez luego, a la hora misteriosa del alba, pondrá sigilosamente en su cabecera una mano cariñosa e invisible. La legión infantil, desordenada y bulliciosa, inunda las calles, se arremolina en las aceras, impidiendo el paso a los transeuntes mayores, o desfila con lentitud de observador por delante de las tiendas atiborradas de chucherías y juguetes. ¡Qué expectativa tan dulce y, a la vez, tan ansiosa!

Pero... pero no solamente para los hombres, para los niños también el destino, el acaso, la desgracia, como se quiera, tiene burlas odiosas:—entre esos niños que con avidez llena de esperanza confusa contemplan los escaparates de los almacenes, hay algunos infelices desheredados que no recibirán su juguete de Noche Buena, porque los ricos, los pudientes egófstas, no han echado con disimulo un óbolo

en la hucha vacía y lacia del niño Dios para que este cariñoso trasnochador pueda poner una baratija cualquiera bajo la dura almohada del niño menesteroso.

Esa injusticia dejará un fermento de odio en el alma del niño olvidado y ese odio inconsciente impedirá tal vez que, al hacerse hombre, viciado por esa savia, el chiquillo sea bueno.

Es menester, sí, es menester que la caridad una sus mil brazos en un esfuerzo común para que los niños pobres reciban también el juguetillo insignificante que ha de poner, sin embargo, en su alma una alegría semejante a la alegría que despierta en un bosque lleno de pájaros la irrupción de la aurora.

No dejemos que los niños se pongan tristes con la tristeza letal de la envidia. Que los grandes suframos, que devoremos nuestra impotencia rabiosa frente a frente de imposibles ideales; que el gusano de la envidia nos muerda con furia los hígados... vaya en buenahora; pero los niños, ¡vive Dios!, los niños no deben sufrir.

Gastón de Silva

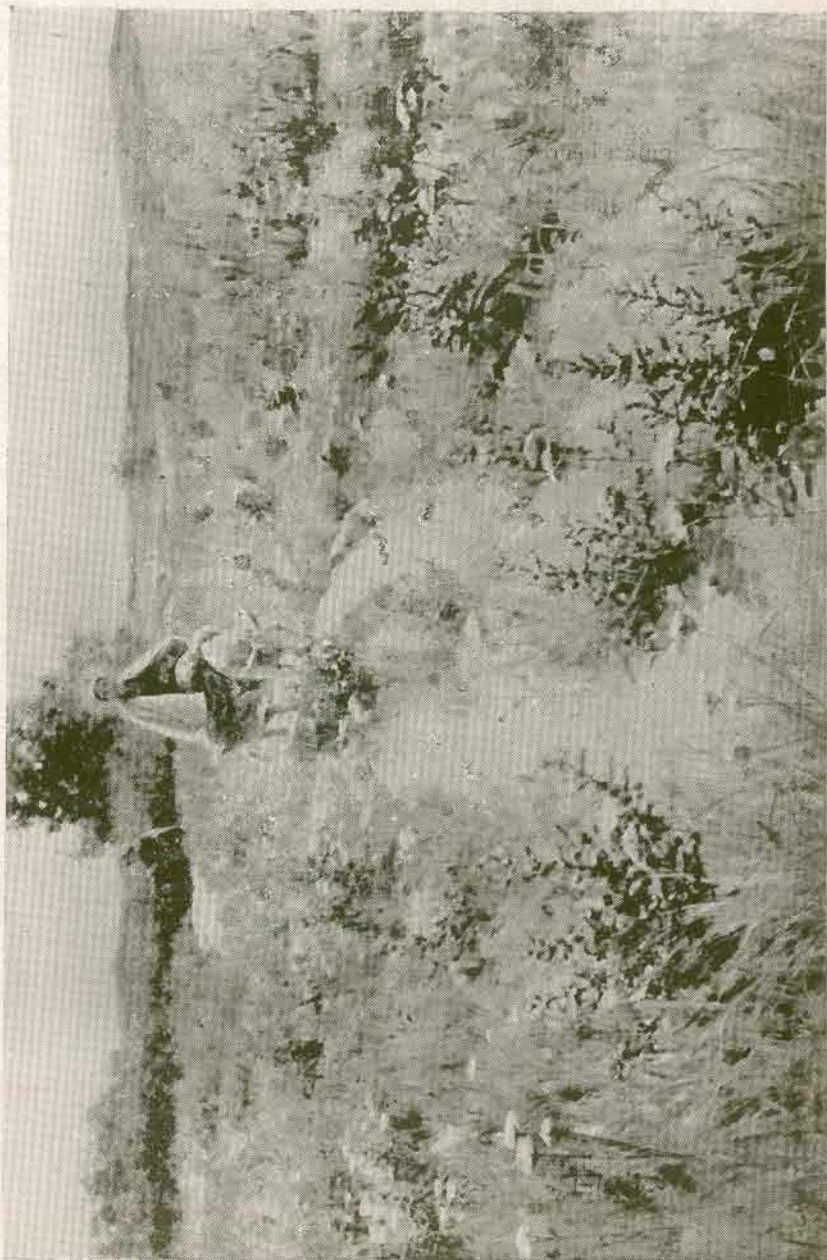
Nochebuena Colombina

A Justo A. Facio

Del monte descienden ocho campesinos
con sus herramientas, que llevan al hombro...
Todas las montañas, todos los caminos,
bañan de fulgores rayos purpurinos
y hay olor de musgos y olor de cohombro.

Están jubilosos todos los labriegos
con las aleluyas de la nochebuena;
junto a los portales preparan sus juegos
y el músico ensaya, sin darse a los ruegos,
un floreo antiguo que el espacio llena.

Las rosas y guarías fingen incensarios
que aroman las brisas con gratos olores;
las aves del bosque ríman himnos varios,
y van los repiques de los campanarios
peinando la fronda vestida de flores.



LA HUIDA A EGIPTO

(Cuadro de Jorge Hitchenok)

Suspende sus cantos la agreste chicharra
que habla de bochorno con sus retintines,
y una danza alegre la quietud desgarrá,
una danza alegre que da la guitarra
entre los alegros que dan dos violines.

Ensayan las brisas fugaces canciones
en la enredadera que enfloró las chozas;
revientan las dalias que están en botones;
y al compás del ritmo de los acordeones
enarcan los talles los mozos y mozas...

Con los ojos mustios una viejecita
sigue los compases de la antigua danza;
oye en los danzantes una ardiente cita
y mientras su sangre de placer palpita,
acude a su mente feliz remembranza.

¡Oh, las remembranzas de pasados días
que surgen festivas en las nochebuenas,
en las nochebuenas llenas de alegrías,
mientras finge el aura vagas sinfonías
sobre las corolas de las azucenas!

Y la viejecita de setenta abriles
habla a los muchachos de cosas extrañas:
ella vió danzando los indios pipiles
al són de marimbas y de tamboriles
allá en los palenques, bajo las montañas;

Los indios pipiles, que de Nicaragua
vinieron por montes a ver los güetares,
que habitaban ranchos con techos de tagua,
cerca de los templos del Sol y del Agua,
cerca de los templos del dios de los mares,

Ella oyó en las selvas el canto del quioro,
aquel canto triste de esa ave picuda,
aquel canto triste con dejos de lloro;
y vió la esmeralda y el rubí del loro,
y vió los quetzales de cítara muda.

Y habla de las palmas y de los nopales,
del empuje ciego de una danza en fuga
que pasó chafando los verdes maizales,
y habla de los rualdos y de los turpiales,
y de los quijongos y de la tortuga.

Ella sabe de indios llenos de tatuajes,
llenos de vigores, llenos de pujanzas,
que fueron bizarros, cruzando boscajes,
en pos de otros pueblos, con iras salvajes,
ora con sus flechas, ora con sus lanzas.

Y la viejecita, llena de alegrías,
endulza sus labios con sonrisas francas,
y mientras resuenan las algarabías,
ella hace recuerdos de las chirimías
y los atabales de los talamancas.

Ella bien recuerda, con duelo infinito,
de todo el imperio del cacique azteca,
y de las ofrendas, junto al monolito,
de tribus venidas desde Garabito,
y habla de algodones y habla de su rueca.

Ella bien recuerda los conquistadores
de mostachos negros y de voz extraña,
fornidos y adustos, como domadores,
que llevaron oro, curreces y flores
con que sorprendieron las gentes de España.

¡Pobre viejecita! Sus goces precarios
quizá no revivan con nuevos repiques
que alarguen los bronces de los campanarios;
ni reminiscencias de placeres varios,
de dantas en fuga y bravos caciques.

Quizá el año entrante, por la nochebuena,
no alegren sus labios fugaces sonrisas,
cuando cante el viento sobre la azucena
y se oigan rumores como de colmena,
al són de las danzas que llevan las brisas.

¡En los ojos mustios de la viejecita
ya no se dibujan vagas lontananzas!
¡Tiene mucho frío, bosteza y tiritita,
y mientras la gente de solaz palpita,
ella ve el desfile de sus añoranzas!

Eisímaco Chavarría



REGRESO DE EGIPTO DE LA SACRA FAMILIA

(Cuadro de J. J. Tissot)

Un nuevo Centenario en El Salvador

El grito de independencia centroamericana, lanzado el 10 de noviembre de 1811 por los próceres salvadoreños, cuyas ansias libertarias presidía con alma de fuego el inmortal Padre Delgado,—tuvo solemne conmemoración hace dos años apenas, en que, por iniciativa del malogrado ex-presidente Araujo, se congregaron las Repúblicas hermanas en la capital cuzcatleca, por medio de lujosas representaciones, para rendir el homenaje de su profunda veneración a los precursores de la autonomía nacional.

Ahogado por el poder español aquel sublime grito subversivo, no desmayó el patriotismo salvadoreño en su empresa temeraria de sacudir el yugo opresor; y desde el fondo de las cárceles y mazmorras, donde yacían prisioneros tantos héroes invictos, se elevó, como condensación de sus aspiraciones cívicas, una nueva proclama sediciosa el 24 de enero de 1814, que fué prontamente reprimida y castigada por los personeros y defensores de la soberanía del Rey Católico en estas tierras.

Trátase ahora en El Salvador—según leemos en alguno de sus más autorizados periódicos—de festejar dignamente el centenario de este segundo grito de libertad del Istmo, no con la espléndida pompa del de 1811, pero con igual entusiasmo y con idéntico regocijo. Se desea organizar festejos para los días 24, 25, 26, 27 y 28 de enero próximo, dedicando un día a cada una de las Repúblicas hermanas y bautizando, en el que a cada cual corresponda, alguna de las principales calles o avenidas de la capital salvadoreña con el nombre de la nación festejada.

Se procederá también a la inauguración de los bustos de algunos próceres de Centro América, que decorarán la hermosa Avenida de la Inde-

pendencia. Según las noticias de que disponemos para formular esta nota, esos bustos serán: por Guatemala, el del celebrado poeta Pepe Batres Mon-



DON FRANCISCO CABEZAS GOMEZ :
Ministro Residente de Costa Rica en Nicaragua, que se halla de paso entre nosotros.
PANDEMÓNIUM saluda atentamente al distinguido diplomático.

túfar; por el Salvador, el de Francisco Cisneros, pintor laureado en academias europeas; por Honduras, el del sabio José Cecilio del Valle; por Nicaragua, el de Rubén Darío, el exquisito artista del pensamiento y de la palabra; y por Costa Rica, el del ex-presidente don Juan Rafael Mora, el héroe de la campaña nacional de 1856 y 1857, mediante la cual se ratificó la autonomía centroamericana, en lucha

cruenta y heroica. Si llega a confirmarse la existencia del proyecto, estamos seguros de que su realización alcanzará feliz éxito, tanto por la levantada idea que encierra, como porque el pueblo salvadoreño sabe dar a esta clase de actos patrióticos todo el esplendor de su viva fe nacionalista y toda la vibrante alegría de su reconocido amor a la libertad.

Bellos párrafos de una carta

Nuestro viejo y querido amigo don Tobías Zúñiga Castro recibió en estos días una interesante carta de su deudo don Manuel González Zeledón, en que éste le anuncia su próxima venida al país. Como con justo criterio lo observó el señor Zúñiga, la carta referida contiene párrafos de bella literatura en un todo merecedores de ser conocidos, entre otras circunstancias, por el sabor local que ellos en el fondo y en la forma ofrecen. Moviéndose por esta consideración, el señor Zúñiga ha accedido amablemente a nuestra solicitud y nos ha dado autorización para insertar en el presente número de PANDEMÓNIUM los párrafos a que hemos aludido y que nuestros lectores saborearán sin duda con el deleite estético con que siempre fueron leídas las producciones de nuestro distinguido compatriota,—deleite que hará hoy más intenso la circunstancia de que han trascurrido ya hartos días sin que nuestro paladar se haya regodeado con las donosidades de su pluma festiva y gallarda.

Nueva York, agosto 5 de 1913.

SR. DON TOBIÁS ZÚÑIGA CASTRO

San José de Costa Rica.

Mi querido Tobías:

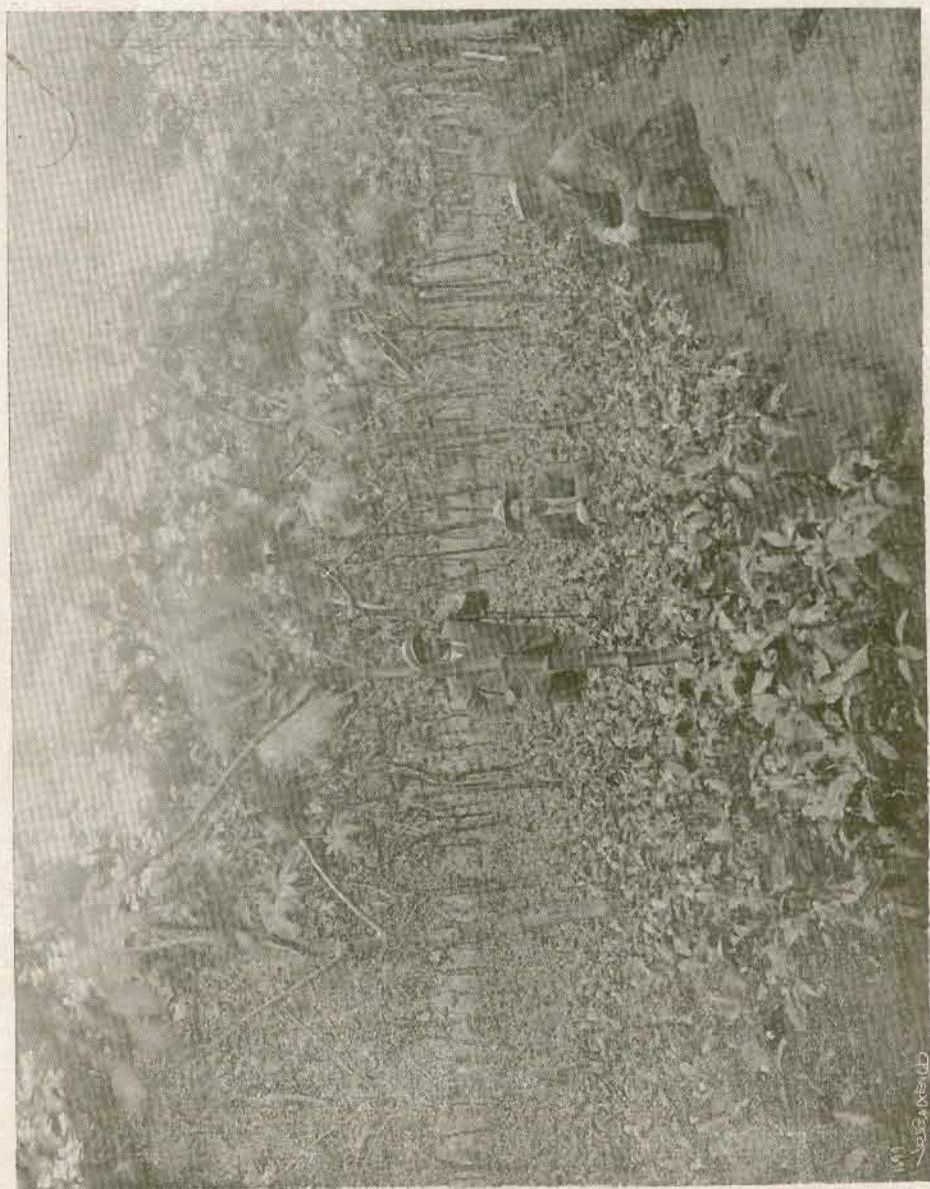
Y va de cuento. A raíz de la muerte del inolvidable POCHE, la familia,

agradecida conmigo por lo poco que por él hice en su última enfermedad y entierro, me obsequió un MOZOTILLO admirable que había pertenecido a don Eduardo; lo conservé por unos meses hasta que mi mamá y mis chiquillas se vinieron para Nueva York y lo mandé con ellas para que les recordara la patria ausente y para admiración de cuantos le escucharan. Cuando llegó a Nueva York y fué instalado en jaula nueva en la ventana del comedor en casa de Marcelina, en Bensonhurst, cantaba con la robusta voz de la juventud,—tenía cerca de tres años de edad. Pasaron años y el insigne mozotillo trinaba cada vez con mayor dulzura, pero cada vez con menor aliento; acabó,—al cabo de los siete años cumplidos,—por no cantar más, pero con un apego entrañable a los huesos y pellejo y las cuatro plumas erizas que le quedaban. Una tarde calurosa de verano, al entrar al comedor, me acerqué a la jaula de Pochet y al mirarlo hecho una bola de pelillo gris, acongojado y compungido, caídas las alas que fueron su orgullo, cenicienta la capa de azabache y destefinado el pecho de oro que fueron sus preciadas galas, mudas las cuerdas de su lira de cristal, sentí tristeza y lástima y quise levantarlo de su nostalgia; lo saqué de su jaula, lo paré en la enredadera de rosas que bordeaba la ventana y, escondiéndolo

COSTA RICA PINTORESCA



Cataratas en la confluencia de los ríos Carache y Poás.—Provincia de Alajuela



Almáciga de café, — Orosí, — Finca de Piris y Pacheco, — Provincia de Cartago

me entre las cortinas de verdura que cubrían los muros, imité el silbido dulce y cadencioso de los moztillos.

Al oír aquel silbido, el pajarito se

tropel, las memorias de sus días de encantadora libertad, cuando en la movediza rama del cafeto en flor, llamaba con trino acariciador a su mo-



DON MANUEL GONZALEZ ZELEDON (*Magón*),

que ha venido a visitar por poco tiempo a la tierra nativa

estremeció, sacudió las desplumadas alas, se irguió gallardo como en sus mejores años y cantó esforzándose en imitar los gorgoritos de antaño. Pasaron por su imaginación, en confuso

zotilla, que picoteaba las semillas de la setilla al pie del rugoso tronco de poró; el rayo de sol que acuchillaba los rosales se le antojó saeta vibradora de nuestro sol tropical; el chorro

de la regadera en el jardín era para él el murmullo del ojo de agua que brota allá entre las peñas, del ripio de nuestras quebradas; y sus ojos velados por las nubes de los años tomaron el cielo de plomo de estas latitudes por aquel trozo de zafiro que es nuestro cielo. Y cantó sin descanso, recorriendo la escala de su canto toda la gama de su vieja garganta, con infinita ternura, con trémula melodía, con arpeggios de ruego, con fugas de súplica; como canta el indio colombiano las nostalgias de su raza al són del gracioso tiple, como el goajiro canta al pie de las palmeras sus inimitables «quebrantos», como el árabe andaluz arranca de su garganta los «jondos quejíos de sus soleas». Y cuando la hembra de sus ensueños no llegó a posarse a su lado, ni lo llamó, escondida entre las hebras de la perfumada grama, ni le batió las alas, meciéndose en la vena de la amplísima hoja de guineo; cuando comprendió que todo había sido un sueño, una cruel ilusión, un nuevo desengaño, cesó su canto, ocultó la cabecita calva debajo del arranque de un ala y volvió a apelo-tonarse, indiferente a cuanto a su lado pudiera pasar. Dos días después había muerto: ¿lo mató la inmensa alegría de aquel momento o la infinita tristeza del desengaño? No lo sé, tal vez ambas cosas, —que ambas matan o hacen vivir eternidades, según la sensibilidad del sujeto que las recibe.

Pues bien, mi querido amigo, ese es mi cuento o mi historia; el pajarito de mi relato tú lo conoces; tuvo sus

días de gloria, sus auroras interminables de constante trinar; sus aventuras entre los jarales de la quebrada y sus harturas de dicha allá en la tierra de los poroses, de los guineos y de los cafetos en flor; hoy vive en jaula nueva, sus comederos limpiísimos están llenos del mejor alpiste y del nabillo más fino; tres lindas muchachas lo acarician, le cambian el agua, lo asolean con sus gracias y sus cuidados; pero no puede moverse en el estrecho enrejado de su jaula y le hacen mucha falta su sol, sus campos, sus montañas, sus chamarascas y, más que nada, *los otros mozoillos*, machos y hembras, con los cuales pasó los años dorados de su existencia, y aun los zetilleros, agüños, zoterrés, yigüirros, monjas, caciques, picudos, jilgueros, naranjeros, tijos, chinchibiríes, bobos, tucanes y humildísimos comemaíces que con él revoloteaban en los higueros de la Plaza Principal, en las morenas de la Iglesia Protestante, en los guineos de don Ezequiel Herrera y en las matas de azul del solar de Cholita. Y antes que me pase lo que al *Pochet* de mi historia, he decidido ir a mi tierra, a verla otra vez, a canturrear allá de nuevo, siquiera por un par de semanas, con mis tres mozoillitas, a las que dejaré por mayor tiempo. Y lo haré en el gran mes de diciembre, notable por los Toros, por los Disfraces, por el Nacimiento del Salvador y por mi cumpleaños. Conque, hasta luego!

Manuel González S.

El centenario del poeta Diéguez

Una bella poesía

La intelectualidad de Guatemala ha celebrado, el 26 de noviembre último, el centenario del ilustre poeta, Licenciado don Juan Diéguez Olaverri, (quien nació en igual fecha del año

1813). «¿Quién no sabe en Centro América—escribía antaño José Martí—algo de los tiernos Diéguez? Dos hermanos fueron, Juan y Manuel, tan apretadamente unidos, que lo del uno

parece del otro. Patria ausente, montañas queridas, ríos de la infancia, flores de la tierra, ilusiones, flores del alma, penas de amor, de vida y de destierro: todo esto tiene en estos laúdes gemelos los tonos de un sentimiento, no prestado, común ni preconcebido, sino sincero, suave y blanco. Canta la tórtola por la tarde, y cantaban los dos hermanos Diéguez. Su llanto es dulce y refresca; su esperanza es honrada y anima; sus sueños son posibles y consuelan. Yo los llamo poetas de la fe.» Como un homenaje al autor de *Los Cuchumatanes* y de *Las tardes de abril*, con motivo de su centenario, y en obsequio de nuestros lectores, reproducimos en el presente número de PANDEMÓNIUM la bellísi-

ma poesía *La Garza*, una de las obras maestras de Juan Diéguez, donde se refleja su temperamento apacible y soñador en materia de arte, tan distanciado, por lo demás, de su carácter de luchador político y de revolucionario liberal, con que supo esmaltar de heroísmos y bravuras sus títulos de abogado y catedrático de ideas avanzadas. No omitiremos añadir que el dulce cantor de *La Garza*, gloria legítima del parnaso guatemalteco, murió en la capital de la República hermana el año 1865, a la edad de cincuenta y dos años, en el pleno vigor de su intelecto y rodeado de la consideración alta a que con justicia lo hacían acreedor sus grandes méritos mentales y morales.

La Garza

¡Oh tú de la onda immaculado lirio,
melancólica reina del estanque,
tan silenciosa, tan inmóvil y límpida,
cual si te hubiesen cincelado en jaspel

El destino a tus playas solitarias
coudíjome tal vez porque te cante,
y mustio como tú, cual tú infelice,
he de cantarte yo,—miserato vate:

ora te mire a la serena orilla,
de mansedumbre y de dolor imagen,
plegado al pecho el serpentino cuello,
y el pico entre los límpidos cristales;

ora remando en compasado vuelo,
cual blanca navecilla de los aires,
el céfiro agitando con tus alas,
como la onda los remos de la nave;

ora en las ramas del ciprés oscuro
a la Hada entre las sombras semejante,
vengas a oír en soledad sombría
los últimos murmullos de la tarde.

Sí; yo te canto, límpida garzota,
espléndida azucena de las aves,
más bella que la espuma del torrente
que del peñasco borbollando cae;

rival de la paloma sin mancha,
más pura que la nieve deslumbrante;
émula silenciosa de los cisnes,
¡salve, garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la armonía
te cerró tus nectáreos manantiales,
que sacian a sus tiernos ruiseñores
y cisnes canos de argentinas fauces;

mas te infundió Naturaleza artista
en tu propia mudez bello lenguaje:
de dolor te formó viviente estatua
como a esculpirla no alcanzara el arte.

El dolor te inspiró más dulce y manso
su elegiaca expresión tan penetrante;
tu actitud modeló *melancolía*;
inocencia te dió tu albo ropaje.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,
cómo sembrada en la anchurosa margen?
¿Nuevo Narciso, en el cristal contemplas,
por ventura, el albor de tu plumaje?

¿O en dolorosa soledad el duelo
haces, tal vez, de tu perdido amante?
¿O de la tierna devorada profe
que en el robado nido ya no hallaste?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías
cuando enhiestas el cuello por mirarme?
¿Comprendiste mis votos y mis ansias
viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sutil planta
oculto se te acerca entre los sauces...
¡Ay de tí!... ¡ya te apunta... ya la muerte
miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálida la llama,
las ondas salpicando el plomo cae:
vuelas tú, yo respiro, y el estruendo
aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza
tus blancas plumas que en el aura espárce,
que un breve instante en el espacio giran
y van cayendo y en el agua vacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos:
óigalos siempre así, siempre te guarde;
pero ¡ay!, mi dulce amiga, ¡quién dijera
cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnívoros
de feroz cazador, tal vez más tarde
serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma
enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo, leve juguete del destino,
cual la hoja de sañudos huracanes,
yo, cuyo sueño la tormenta arrulla,
yo, pobre alción en agitados mares;

yo, de tu lago vagabundo huésped,
he de faltar también, tal vez más antes;
la última sea acaso que mi planta
huelle la florecilla de esas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas
huyendo vaya de la ley del sable,
si esas montañas, de la paz asilo,
también atruena la civil barbarie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,
dónde la suerte nos echó inconstante?
¿qué fué de la garzota inmaculada,
qué de su errante y solitario vate,

que por la orilla del risueño lago
vagaba un tiempo al declinar la tarde,
que en las someras raíces se asentaba
de este frondoso y corpulento amate;

o en lo más alto de las altas cumbres
por la ancha brecha que los montes parte,
allá en el horizonte delineados,
gustaba contemplar sus patrios Andes?

Tú y él ¿qué fueron sino arenas leves
que la onda trajo y que los vientos barren?
Tú y él borrados de la leda estancia,
ella por siempre quedará inmutable:

con sus florestas de agradables sombras
sus auras puras, su fragancia suave,
sus armonías, sus murmullos vagos,
su dulce paz, su soledad amable;

con su torrente que espumantes masas
bramando arroja por los vagos aires
a la profunda y peñascosa sima
donde las agnias con fragor se parten:

con sus inmensas calcinadas rocas,
unas sobre otras amagando el valle,
hórridas por allá, desnudas y áridas,
del alma impía desolada imagen;

aquí de vida y de verdor cubiertas,
con bosquecillos que en sus grutas nacen,
aprisionados en floridos lazos
que hacia el abismo suspendidos caen;

con su apacible y cristalino lago
donde se pinta encantador paisaje,
en bella confusión el llano, el monte,
las blancas nubes y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de floridos tallos
su blanca flor sobre las ondas abre,
allí las algas el cristal matizan
y allí rebullen los silvestres ánades.

En esta orilla la cañada humilde,
abovedando sus flexibles haces,
risueñas grutas de verdor ameno
labra en el aire el cefirillo amante.

De entre la selva, por amor de la onda,
medrosos siervos a la orilla salen,
y en la frescura de las claras linfas
la sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follaje deliciosas pasan
la estiva siesta las charleras aves;
y algún gemido solamente se oye
que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza
la faz rizando del sereno estanque,
y al caer la tarde a la ribera vuelve
donde la amarra con seguro cable,

bajo el abrigo del sabino añoso
que con sus ramas los cristales barre,
custodio eterno de las linfas puras
en donde baña las desnudas raíces.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa
muy lejos siempre del peñón gigante,
que las nubes del trueno y del granizo,
con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz como a cincel grabada
ve el viajador desde la opuesta margen,
y aquellos mustios solitarios sitios
«Las playas de la cruz» oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda
las negras peñas en silencio lame,
bajo la triste sombra de una selva
de impenetrable y lóbrego follaje.

Es tradición en la comarca crédula
que allí una joven infelice madre
soltó por caso a su adorado niño,
y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrada peña
aun manchas guarda de indeleble sangre;
que en el silencio de la noche se oyen
herir el viento lastimeros ayes;

que de la bella el gemebundo espíritu,
cual blanca niebla sobre la onda errante,
suele a la luz de las estrellas verse
cruzar la faz del solitario estanque.

Yo, en esas horas de silencio y calma,
cuando a salir convida el aura suave,
en las cálidas noches del estío,
allí a la luna contemplar me place;

y oigo no más que las ardientes quejas
que al astro envían las nocturnas aves,
el melancólico incansable grillo
que al bosque aduerme con rumor constante;

el manso viento que en las altas cumbres
murmullo blando entre los pinos hace,
como corrientes de lejanas aguas
que se oyen ir por ignorado cauce;

la vaga orilla que al peñasco azota,
la mansa res, cuando la hierba paca,
o el monótono golpe del torrente
que alguna vez los céfiros me traen:

vagos rumores de la triste noche
que en la dormida soledad se esparcen,
encanto de las almas melancólicas,
de los misterios de la noche amantes;

eso no más oí, ni apariciones
jamás he visto por ninguna parte,
si no eres tú, que cual benigno genio
del lago, siempre te encontré en sus márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado
largo vivir sin inquietud te guarde
y un fin tranquilo entre tu nido de algas,
y a mí en los brazos de mi dulce madre.

Juan Diéguez

A través de revistas científicas

El vuelo cabeza abajo de Pegoud

El «looping the loop» en el aire, dando un vuelco oblicuamente hasta llegar a quedar con la cabeza hacia abajo (patas arriba), para volver a tomar en seguida la posición recta, ha sido efectuado por el audaz aviador francés Adolfo Pegoud.

Según dicen los periodistas franceses e ingleses, Pegoud no se propuso hacer simplemente un hábil ejercicio gimnástico, pues su verdadero propósito, advierte *The New York Times*, fué hacer una demostración práctica de que cuando un aeroplano da vuelta, el piloto puede escapar de morir con solo conservar la completa posesión de sí mismo y la noción exacta de lo que en ese grave caso debe hacer.

El mismo *Times* dice, además, lo siguiente: «Pegoud puso intencionalmente su máquina en las posiciones que por fuerza ocasionan los accidentes posibles y demostró con exactitud

que ninguna de esas posiciones es necesariamente fatal».

El ya célebre aviador francés, de quien puede decirse que ha revolucionado el arte de volar, escribió para *Sphera*, popular semanario londinense, algunas notas muy interesantes relativas a su famosa proeza, y de ellas haremos nosotros los siguientes extractos en obsequio de los lectores de PANDEMÓNÍUM.

«Un día en que mi aparato quedó casi volcado, al efectuar un vuelo a regular altura, encontré que podía volar en esa posición forzada con relativa comodidad; más aún, que podía recobrar mi posición primitiva; y cuando aterricé, referí a Mr. Bleriot el incidente que me había ocurrido y le manifesté, además, la disposición en que me hallaba de efectuar una prueba en toda forma, pues estaba seguro de que el mismo piloto podía

provocar esas posiciones anómalas».

Pocos días después Mr. Pegoud decía esto: «Uds. saben perfectamente lo que he llegado a realizar: he volado hacia arriba dando una vuelta, he invertido el aparato y he recobrado lue-

he logrado hacer. Debemos tener la certidumbre de que el peligro de quedar cabeza abajo, en el momento de zozobrar, puede evitarse con relativa facilidad.

«Yo me he sentido en mi máquina tan seguro, en el aire, como un marinero puede sentirse en un bote salvavidas sobre el mar; con esta ventaja en mi favor: el mío es un bote salvavidas insubmersible y que puedo enderezar fácilmente, si se me vuelca».



Momento en que el aparato de Pegoud quedó en posición oblicua

go la posición natural, para aterrizar en seguida a gusto mío, sano y salvo.

«Nada de esto, sin embargo, es más peligroso que un vuelo ordinario y corriente; sólo que es la primera vez que se hace, y por eso ha causado sorpresa y ha llamado la atención. Puedo asegurar honradamente que no llegué a experimentar terror mientras llevaba a cabo esas peligrosas evoluciones aéreas.

«Es admirable la sensación que allí se siente. Yo me amarré al asiento de tal modo que la firmeza así adquirida no me quitaba la facilidad indispensable para manejar como siempre el aparato. Cuando éste sube, parece que remonta un muro, deslizándose sobre ruedas. No hay sacudidas violentas ni saltos bruscos: el aeroplano gira dócilmente hasta colocarse en una posición perfectamente oblicua, con una de las alas hacia arriba».

«Muchos aviadores», le dice Pegoud a un repórter del *Express*, «vuelan con máquinas semejantes a la mía, y si estos viajeros del espacio conservasen entera su serenidad y tuviesen confianza absoluta en el aparato que manejan, podrían, con toda seguridad, llegar a hacer lo mismo que yo

La muerte sin dolor

Para los aviadores

Es muy posible que morir a consecuencia de un accidente de aviación sea una de las formas de muerte menos dolorosas que existen. Según los médicos, la persona que cae velozmente a través del espacio no sufre dolor ni miedo y, sin embargo, se da cuenta exacta de lo que le está sucediendo.

Las facultades del pensamiento de la víctima se aumentan de un modo extraordinario. Su pasado revive como un relámpago con todos sus detalles;



El gentío se muestra más nervioso que el mismo Pegoud

en sus oídos resuenan dulces armonías y lentamente se apaga todo al producirse la inconsciencia.

Este es el estado en que caen a tierra los aviadores, en opinión de los médicos, y la experiencia de los nave-

lante del tren o iría a parar encima de la chimenea de la locomotora.

Otros aviadores que al caer sufrieron graves fracturas no tenían idea de que estaban heridos, y algunos aseguran que no supieron cuál era el



Pegoud es conducido en triunfo después de sus atrevidas evoluciones aéreas

gantes del aire que han sobrevivido a caídas graves confirma este aserto.

Vedrine, por ejemplo, que se cayó con el aeroplano desde gran altura ante un tren en marcha, recuerda con toda puntualidad los incidentes de la caída y dice que calculaba, con sorprendente frialdad, si se quedaría de-

miembro afectado hasta que intentaron ponerse en pie.

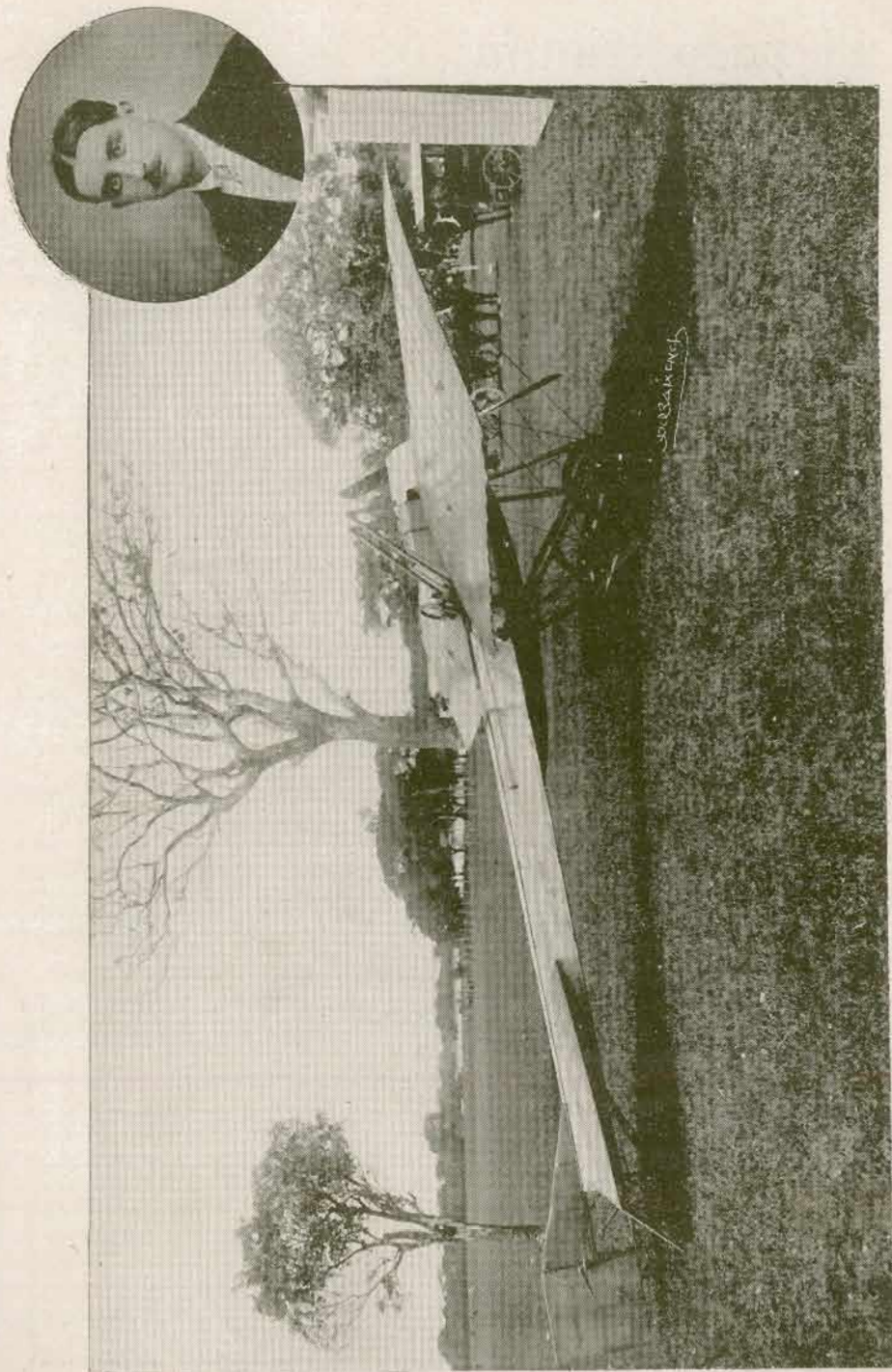
La extraña inmunidad para el dolor se explica quizás por el hecho de aumentarse la actividad mental en grado tan extraordinario durante la caída que la víctima no tiene tiempo para sentir ansiedad ni sufrimiento.

Conviene al Comercio

EL RESULTADO PRÁCTICO
QUE DARÁ AL COMERCIANTE
::: UN ANUNCIO EN :::::

~ ~ PANDEMÓNIUM ~ ~

ESTÁ GARANTIZADO CON UNA CIRCULACIÓN DE 2,500
EJEMPLARES BIEN DISTRIBUIDOS EN TODO EL PAÍS



Aparato con que el aviador Mr. Tercé volará en las próximas fiestas cívicas de San José.—En el medallón, Mr. Mario Tercé.

El paso triunfal de la palabra

Fragmento

Allí está, piafante, con sus remos de fuego, — con dos ascuas en los ojos, — con sus crines vibrantes como líricas cuerdas que se rompen; — allí está, como un negro haz de bríos; — elástica y sensitiva, — pronta a partir, — la yegua virginal de Mazeppa. — Y ata el Conde, con lazos que parecen eternos, — sobre el cuerpo de aquel relámpago en pie, — el cuerpo robusto y culpable de Mazeppa. — Y estalla el relámpago y se enciende su carrera de fuego. — Es una llama de incendio, — con dos alas de vértigo — partiendo en dos la soledad de la llanura, — tendiendo el puente colgante de salto atrevido — sobre el torrente espumante y sombrío.

Adelante, adelante, allá va, — relinchando el jirón de huracán, — y el torrente, y barranco, y los llanos, y el monte — van quedando con ecos de angustia a su paso.

Y una aurora dió sus antorchas al día — y un sol de púrpura se aposentó en la noche — y el relámpago hecho una bestia — aun sube piafando por la falda de un monte.

Son sus gritos postreros de triunfo y de muerte — porque la bestia, al llegar a la cumbre, toda temblante, — lanza su sombra gigantesca sobre el valle — y desplomándose, relincha por la última vez, — ante los cielos y las montañas.

Mazeppa, atado, vive aun — y cuando los buitres, devorando a pedazos, aquel relámpago sin vida, déjanle libre, — se levanta como una resurrección ante el esplendor del nuevo día.

Mazeppa, el pensamiento, — que se yergue como una resurrección de vida del fondo de la palabra — que le guarda como en un sepulcro de cristal.

Viaja atado al relámpago de la palabra el pensamiento que le da su

fuego. — Y cruza por el valle del alma que se enciende a su paso — y salta con impulsos de gamo el torrente de una pasión, — y se remonta, como plumón de cóndor, — al más alto Chimborazo del pensamiento humano.

La luz que a la conciencia descien- de de los cielos, — la conciencia la derrama en las ampollas de nácar de la palabra para iluminar la tierra. — Y los débiles aromas que del suelo se elevan a la conciencia, — ella los vierte en el crisol de la palabra — para levantarlos en plegaria, como en aureo pebetero, — en homenaje al Divino Pensamiento. — Luz de los cielos y aromas de la tierra — eso lleva sobre sus lomos ágiles la palabra.

Pero hay palabras que asilan en su vientre la tempestad; — Como del caballo de Ilión, de su entraña se lanzan cincuenta guerreros arcángeles en asalto contra una época. — Y el batir de alas arcangélicas con retumbos de procela — puede colmar la vastedad de un siglo.

Abre su vientre atormentado la palabra Igualdad — y racha de borrasca humilla, como juncos, cabezas de monarcas.

Con el bosque de cedros del Ser- món de la Montaña — se construyeron barcas que trasportaron a los pueblos de Occidente — hacia playas de nueva civilización.

Echad a andar unas cuantas pala- bras — sobrias y sufridas — por la esterilidad de una angustia y es como aviar para el desierto — una nueva ca- ravana de Belkiss hacia la corte de Sión: — deja avenidas de datileras y ta- marindos por donde pasa.

Abre sus puertas majestuosas una palabra — y entramos repentinamente en un mundo en donde con solo mirar sabemos. — Se dice Platón, y el templo

de Eleusis nos revela sus arcanos;— Moisés, y se encienden todas las zarzas del Sinaí;—Prometeo, y un haz de sol pone orla de luz al pensamiento;— Jeremías, y puéblase de aves sombrías el aire: aves que son lamentos;—Pericles, y se levanta la Acrópolis como cesta de mármol,—alzada por un brazo divino,—para entregarla en ofrenda a los siglos y a la humanidad.—Dícese belleza, y resucita Grecia, desde Homero hasta Alejandro;—dícese fuerza, y en carroza por cuadriga tirada pasa triunfante Roma;—dícese Egipto, y cruza por el Nilo un vuelo de inmortalidad—y tiéndense, alargándose sobre el desierto, las sombras de las pirámides;—dícese América, y el porvenir de la humanidad, como Venus encima de la Cruz,—sonríe en la amplitud del Tiempo.

Estalla el volcán de la palabra—y difúndese sobre una época pasada—la poésica ceniza de un error pulverizado.

Esta lanza, de rejón de encina y punta en bronce,—toda sangrando,—es la palabra que atravesó de pecho a espalda, un soberbio prejuicio,—y aquel bosque de lanzas, vibrante, despeñándose desde la tribuna del Foro—es una catilinaria de Cicerón.—Y ese sombrío patíbulo, para cabezas reales,—alzado en la extremidad del siglo XVIII—está hecho con las vigas de plata de la palabra de Mirabeau.

Podemos colgar a un tirano de la horca de una palabra—y desplegar al viento una palabra—como el ala de águila de una bandera de triunfo.

La misión de un pueblo cabe en el arca de una palabra.—Y las Razas y las Civilizaciones, en hordas,—pueden bajar de las montañas—hacia las estepas o las pampas del Continente de una palabra.

Brotan de unos labios las palabras de sabiduría—y son bandas de abejas cargadas de música y de miel—zumbando melodiosamente en torno del oído y a través de la mente—para depositar su dulce botín de armonía y felicidad—en el fondo de la flor sagrada del corazón.

Derrámanse las palabras de consuelo,—como unguento de nardos que de fuente se desborda—y la capilla doliente del alma en aflicción,—se impregna de un raro perfume de vida—que la pone en delirio de amor y de inmortalidad.

Murmuramos afectuosas palabras en el oído de la amiga—y van cubriéndose de campánulas lilas—las tapiécillas blancas de los olorosos jardines de su alma,—como se cubren de santalucía los campos con las primeras lluvias.—Y cuando cayendo desde la altura de nuestro corazón a nuestros labios—se rompe una palabra de amor, y se escapa de ella una visión:—las piedras del camino abren sus grandes y fulgurantes ojos para mirar la trasfiguración de nuestra vida—y de los céspedes la piel velluda y sensitiva—se crispa en delicioso calofrío viéndonos pasar,—mientras el aire sacude sus velos de aroma y de crepúsculo—por delante de nuestros rostros.—Una palabra de amor que se triza en nuestros labios—como sobre mármol finísimo cristal—tiene un divino rumor de alas de gloria y un delicado encanto de rosas—que al marchitarse, deshojándose, deshácense en aromas,—como de las rosas de nuestro cuerpo al marchitarse para siempre—se levantará inmortal, el aroma divino de nuestra alma.

Roberto Brenes Mesén

La Administración de PANDEMÓNIUM

suplica a los suscritores que tengan que trasladarse al campo, avisar su dirección, para no interrumpir el envío de la revista.

Fiestas cívicas

Siguiendo la vieja tradición, se apresta nuestra capital a celebrar sus fiestas cívicas anuales, que tendrán lugar esta vez en los primeros cuatro días de enero próximo. Con ellas, según costumbre, se despide, entre regocijadas expansiones populares, al año que muere, y se ofrenda alegre y cordial bienvenida al año que nace. A rey muerto, rey puesto,—exclaman los josefinos, con la sonrisa en los labios. Es este, sin duda, todo un sistema de filosofía práctica, que aquí, en cada hijo de vecino, tiene un apóstol convencido, y que antes que acusar ligereza y frivolidad espiritual, revela a ojos vistas tranquilidad de conciencia respecto de la obra hecha, que se confina a los campos del pasado, y fe robusta en la incógnita labor del porvenir. De antaño, pues, arde en fiestas la metrópoli costarricense con motivo de fin y principio de año, y, fiel a consagradas liturgias, dobla las páginas del fenecido almanaque, abre nueva cuenta a sus destinos, arrumba hacia la barca misteriosa de los tiempos que llegan, y en ella zarpa despreocupadamente, con airoso contoneo, entonando himnos triunfales, sobre la henchida vorágine del placer y bajo la mirada paternal de Saturno,

el invencible dios de las largas barbas de plata y de la terrible hoz. No había de quebrarse la regla arcaica en estos días que corremos; y vencidos los temores que hizo surgir, respecto de la ordenada y feliz celebración de las fiestas cívicas, la extrema tensión de ánimos que creara el debate político,—la Comisión nombrada para el objeto por la Municipalidad cantonal ha cumplido victoriosamente su encargo, y nos dará en los días señalados un jolgorio de rechupete, en que no faltarán diversiones para todos los gustos, con la circunstancia especial, que hemos de abonarle justamente a su crédito, de haber colmado un anhelo unánime de la comunidad: innovar los festejos, cuya modernización en algunos capítulos se impone por razones de cultura, que ahora no hemos de desentrañar,—mediante el espectáculo de aviación que se halla a cargo del intrépido campeón del aire, Monsieur Tercé. Esto sólo asegura el éxito de las fiestas que ya nos caen encima; y al felicitar por él, de antemano, a los señores miembros de la Comisión, deseamos que en ella se diviertan, hasta donde quieran apetecerlo, nuestros numerosos amigos, lectores y favorecedores.

PANDEMÓNIUM

Año Nuevo

La empresa y personal de PANDEMÓNIUM desea a la sociedad costarricense, de cuyo florecimiento cultural aspira a ser exponente sincero, un año nuevo próspero y feliz. El de 1913 se marcha dejándonos a todos,—a cada cual en la esfera de sus actividades y de sus posibles, — la convicción íntima

y grata de que el país ha avanzado, con seguridad e inteligencia, buen trecho en la ruta del progreso, gracias al empeño colectivo, suma de individuales esfuerzos, de caminar siempre hacia adelante, en busca de mejores perspectivas para la existencia común y de más altos provechos intelectuales

y materiales para el legítimo disfrute social. Las energías vivas de la nación se agitan, dichosamente para nosotros, al influjo de nobles ansias y de rectos y esplendorosos ideales; y preside el ágora de nuestras fraternas luchas cotidianas el más puro y reverente amor a Costa Rica, a cuya ara inviolada llegan, en clamor incesante, nuestros más hondos anhelos de felicidad y de gloria. Esa corriente inagotable y propicia, que fecundiza este suelo generoso y que mansamente nos lleva, sin ruidos de ostentación, pero sin peligros de tempestad, al puesto de nuestros limpios destinos, no ha de interrumpirse ni perderse en sirtes fatales, porque la senda histórica de nuestro pueblo es llana, segura y amplia; y por ello estamos ciertos de que al cerrarse el año nuevo de 1914, se habrá cerrado, como una fronda de recuerdos vigorizantes y ejemplares, una nueva era anual de paz, de bienandanza y de sólido adelanto para Costa Rica. En

ese resultado feliz, innecesario es decir que todos colaboraremos gustosos, sin que nos dividan credos ni fugaces resquemores, propios, por lo demás, de la activa y empeñada batalla social, en donde las aspiraciones e ideales que entrechocan son luz, calor y fuerza benéficos, que ponen en movimiento los invisibles poderes de la selección civilizadora y aseguran, a la larga, el indisputable triunfo del bien. Por nuestra parte, esto es, por lo que a la humilde y bien intencionada labor de PANDEMÓNIUM toca, hacemos solemne promesa de que no desmayaremos en la tarea de cultura y difusión intelectual, científica y artística con tanto entusiasmo emprendida en esta nueva época de su existencia; y esperamos presentar la confirmación de los hechos, para recabar, del público que nos favorece, la confirmación de su confianza, de la cual procuraremos hacernos cada vez más dignos en el año que va a iniciarse.

PANDEMÓNIUM

La Política

¡Oh, política! Te odio porque eres grosera, injusta, escandalosa y charlatana; porque eres enemiga del arte y del trabajo; porque sirves de pasaporte a todas las nulidades, a todas las ambiciones, a todas las perezas. Ciega y apasionada, separas corazones honrados, hechos para vivir unidos; ligas, al contrario, seres enteramente distintos entre sí. Eres el gran disolvente de las conciencias; haces adquirir el hábito de

la mentira, del subterfugio; y debido a ti, se ve a hombres probos convertirse en amigos de los bellacos, con tal de que ellos sean del mismo partido. Te odio, sobre todo, ¡oh política!, porque has conseguido matar en nuestro corazón el sentimiento del arte y la noble idea de la Patria.

Alfonso Daudet

NOTAS

Gentileza que agradecemos

Nuestro estimado colega *El Noticiero*, cuya labor periodística se distin-

gue por la rectitud de su criterio y la sensatez de sus orientaciones, registra el suelto que a la letra dice: «Acusamos recibo de *Pandemónium*, la pulcra re-

vista literaria que dirige el conocido poeta y escritor don Justo A. Facio. *Pandemónium* está hoy en condiciones de ser la revista de más importancia en Centro América, y su nuevo Director el señor Facio dirige ya todo su talento y su esfuerzo en ese sentido. El ejemplar que tenemos a la vista contiene trabajos inéditos de nuestros principales literatos, y se ha hecho derroche de arte en el fotograbado, que es intenso. Vayan nuestras felicitaciones para 'el amigo y colega el señor Facio, que realiza, a pesar del ambiente hostil, obra de progreso».

Voces de estímulo tan cordiales y que tanto comprometen nuestra gratitud, como las que *El Noticiero* se sirve dirigirnos, nos compensan con creces de los rigores de la lucha que sostenemos para hacer de *Pandemónium* una revista digna, cuando menos, de llenar las aspiraciones de la cultura intelectual costarricense.

Colección Ariel,

Número de noviembre

El último número de la *Colección Ariel*, correspondiente al mes de noviembre, bajo el título de *Varia* contiene las siguientes páginas selectas: *Al correr los años*, por Miguel de Unamuno; *Las potencias impotentes*, por Leopoldo Lugones; *Elegía*, por Eduardo Marquina; *Hombres y pájaros*, por Rubén Darío; *Hay que enamorarla*, por Eduardo Talero; *La rehabilitación del trabajo y Reflexiones*, por Rafael Barret. En otra sección de esta revista pondera uno de nuestros colaboradores la utilidad y excelencia mental de la obra generosa que realiza la *Colección Ariel*, como agente activo de la cultura de la sociedad costarricense; por ello nos limitamos en esta breve nota bibliográfica a consignar la aparición del nuevo volumen referido, al cual seguirán, según informes verídicos que tenemos, otros de la mayor importancia literaria y filosófica, cuya preparación trae ya entre manos el abnegado e incansable editor de *Ariel*. Profesor don Joaquín García Monge.

Manuel González Zeledón

(Magón)

Se encuentra entre nosotros el notable y regocijado escritor costarricense don Manuel González Zeledón, radicado hace algún tiempo en la ciudad de Nueva York, en donde desempeña el cargo de Cónsul General de Costa Rica, por él servido con desinterés que no excluye el necesario provecho para nuestra patria. Huelgan aquí las noticias relativas a nuestro distinguido compatriota, cuyo nombre brilla con luz propia en el cielo de las letras costarricenses. Sus artículos de costumbres nacionales son de esos que doctos e ignorantes saborean con igual deleite y que hacen popular a un autor en el país cuya modalidad ha logrado reproducir con todos sus caracteres y todo su colorido. La Costa Rica ingenua, tosca y alegre es esa que se trasluce y vive en los pintorescos y animados artículos de *Magón*. PANDEMÓNIUM saluda cordialmente al jacarandoso escritor *tico* y le desea estancia por todos conceptos agradable entre nosotros, sus amigos y admiradores.

Acto de clausura del Colegio Superior de Señoritas

El doce de los corrientes, a la una de la tarde, se verificó el acto público final del Colegio Superior de Señoritas, procediéndose, por medio de alegre y sencilla fiesta, a la clausura del curso lectivo de aquel importante establecimiento de enseñanza, y a la distribución de certificados de conclusión de estudios complementarios y de títulos de Maestra Normal. Presidió el acto el señor Ministro de Instrucción Pública, con arreglo al siguiente programa: 1. *Himno Nacional*, por todo el Colegio.—2. *El Angel de la Guardia* (canción) por los preparativos A y B. 3. *Recuerdos de mi vida de colegiala*, (recitación) por la señorita Graciela Herrera.—4. *La Huérfana* (canción) I año.—5. *Despedida* (discurso) señorita Adela Morales.—6. *Sonrisa de*

primavera (canción) III año y Sección de Artes Domésticas.—7. *Hasta luego!* (discurso) señorita María Arrea. 8. *Distribución de Certificados* al III año del Ciclo inferior.—9. *Plegaria natural* (canción), Ciclo inferior y Sección de Artes Domésticas.—10. *Libro del Colegio de 1913*, (discurso) por el Profesor don J. Fidel Tristán, Director del Colegio.—11. *Fausto* (canción de Siebel), II año y Sección de Artes Domésticas.—12. *Distribución de títulos de Maestra Normal*.—13. *Himno del Colegio*, todas las alumnas. El señor Ministro de Instrucción Pública, tras expresivo discurso de felicitación a profesores y alumnas por el éxito de las tareas del año, entregó el certificado de conclusión de estudios complementarios a las señoritas María Aguilar, María Arrea, Catalina Arriáñez, Tarcila Arias, Dora Brenes, Jovita Cartín, María Carrillo, Rosario Coronado, Eugenia Gallegos, Julia Muñoz, Rosa Saborío, Paulina Silva, María Luisa Varela, Mariana Yanguas y Hortensia Zelaya. Asimismo el señor Ministro puso en manos de las señoritas Adela Acuña, Isabel Alfaro, Elia Astorga, Graciela Bermúdez, Leonor Casto, Luisa Durán, Fe Castro, Luz Gutiérrez, Graciela Herrera, Adela Morales, Ester Ortiz, Etilma Segura y Marta Castro el diploma de Maestra Normal que cada una de ellas ha sabido conquistar mediante esfuerzos meritorios, que son nuncio de nuevos triunfos en la noble carrera a que van a dedicar sus energías, abnegación e inteligencia. Reciban las señoritas tituladas expresivos parabienes de PANDEMÓNIUM, y el Profesor señor Tristán nuestro aplauso, que hacemos extensivo a sus colaboradores, por el brillante éxito alcanzado en las delicadas tareas educativas que tan acertadamente se hallan a su cargo.

Un peregrino del arte

Ha sido nuestro huésped por unos pocos días el reputado violinista mexicano don Nicasio Jurado, discípulo del inmortal Sarasate. El señor Jurado realiza ahora una gira artística por

la América Latina, después de larga permanencia en París, donde merced a sus notables dotes pudo abrirse campo vasto, aquilatar sus méritos y perfeccionarse en el difícil ramo musical que practica, recibiendo el aplauso caluroso de maestros consagrados por la fama mundial. Los conciertos que aquí ha dado el señor Jurado estuvieron a la altura de su reputación, y al consignar en estas cortas líneas la expresión de nuestra simpatía al joven artista, hacemos votos cumplidos porque el verde laurel no se marchite nunca en su frente soñadora y porque sean las notas de su violín, como hasta aquí, eco dulcísimo de las supremas armonías de la eterna Belleza.

Instituto Ibero-Americano de Derecho Comparado

Hemos recibido un detallado prospecto relativo a esta corporación, de carácter jurídico internacional, constituido por jurisperitos de las naciones iberoamericanas, con el fin principal de contribuir al progreso de aquella ciencia y facilitar la frecuente comunicación de los profesionales y el intercambio y conocimiento de Constituciones, Leyes orgánicas, Códigos y Doctrinas jurídicas mantenidas por sus respectivos Tribunales, Universidades, Academias, etc., e individualmente por sus juriconsultos. Para tales efectos radica en Madrid una Junta Directiva Central y se están organizando Juntas Auxiliares en las provincias españolas y delegaciones autónomas o Juntas Nacionales en Portugal y en las naciones iberoamericanas. El Instituto dará, además, conferencias referentes a asuntos jurídico-sociales, de carácter doctrinal y práctico, por sabios eminentes españoles o extranjeros, sin distinción de nacionalidades, y servirá gratuitamente a sus asociados una suscripción de su órgano de publicidad, la *Revista de Legislación Universal*. La marcada tendencia que, en beneficio de la cultura y de la solidaridad hispanoamericanas inspira al Instituto de Derecho Comparado, debe atraer

la atención de los profesionales de las naciones de habla española, y, por lo mismo, nos permitimos solicitar la de los abogados costarricenses, a quienes la comparación referida ofrece ventajas indiscutibles como centro informativo de primera clase. Ejerce la Presidencia efectiva de aquel centro el Excmo. señor don Rafael María de Labra, quien a la vez es Presidente del Ateneo de Madrid. La correspondencia puede dirigirse al señor Labra, calle de Serrano, 43, Madrid.

En viaje

El señor don Eduardo Solís Vergara, Secretario de la Legación de Chile en Centro América y Panamá, ha partido en estos días para la República de Guatemala, en donde temporalmente reside su digno jefe el Excmo. señor Vergara Clark. PANDEMÓNIUM desea viaje próspero al estimable caballero señor Solís Vergara y espera que muy en breve ha de estar otra vez entre nosotros, donde goza de generales simpatías y merecido aprecio.

Palabras dichas

Actualmente se edita en los talleres de la Imprenta Nueva un nuevo libro de nuestro distinguido amigo el Licenciado don Ernesto Martín, bajo el mismo título que lleva la presente nota. *Palabras dichas* es una colección de los discursos de diverso género pronunciados, desde los comienzos de su brillante carrera intelectual, por el Licenciado Martín, quien, como a nuestros lectores consta, ha conquistado en legítima brega el primer puesto entre

los tribunos de la nueva generación costarricense. La oratoria sana, robusta y ardorosa del Licenciado Martín que ha llenado con sus ecos victoriosos los campos de la política, del foro y del arte nacionales, vendrá, pues, muy en breve, a aumentar en forma de volumen el acervo de nuestro incipiente caudal literario, como joya de gran valor. Al anunciar en estas líneas la próxima aparición del libro del Licenciado Martín, estamos seguros de que la noticia, que somos los primeros en dar, causará grata impresión en nuestro público y que éste aplaudirá otra vez, a mano abierta, las *Palabras dichas* por su orador predilecto, cuyos triunfos tan íntima satisfacción nos causan a sus amigos y admiradores.

A través de revistas científicas

Con este título publicamos en el presente número de PANDEMÓNIUM un interesante arreglo de nuestro estimado amigo el profesor don José M^o Orozco Casorla, a quien damos desde luego las más expresivas gracias por la valiosa colaboración que tan amablemente nos presta. El asunto tratado por el señor Orozco es de actualidad palpitante, como que él se refiere a las proezas tan originales como atrevidas que en el espacio ha realizado recientemente el aviador francés Mr. Pegoud. La nota, por otra parte tiene para nosotros un interés particular en estos momentos, por encontrarse aquí el aviador señor Tercé contratado por la comisión de fiestas para hacer unos cuantos vuelos a fines de este mes, en su gentil aeroplano sobre nuestras cabezas atónitas.

Anúnciense o suscríbase Ud. a PANDEMÓNIUM, que es la Revista de más aceptación por ser la de mayor circulación en todo el país. ::::::::::::::